

EJEMPLO

Cierto individuo refirió á un señor obispo que dos matronas de sus súbditos vivían torpemente. Condolido el prelado, y temiendo que otras siguiesen su mal ejemplo, se puso en oración, suplicando al Señor le manifestase la verdad de lo que había. Nuestro Señor se lo reveló mostrándole con qué disposición se llegaba cada uno á comulgar. Unos se presentaban con el rostro negrísimo y horrible; otros con el rostro quemado y teñidos los ojos en sangre; y quiénes, entre los cuales se contaban las dos matronas, iban tan resplandecientes y hermosos que daba gozo contemplarlos. Á los primeros les tostaba el Cuerpo del Señor, y á los últimos trocábales sus cuerpos y almas con esplendores bellísimos.

Admirado el obispo, suplicó de nuevo al Señor le declarase aquella peregrina visión. Un ángel le manifestó que, aunque era verdad lo que se había dicho de las dos matronas, no obstante se habían arrepentido verdaderamente de sus pecados, habiéndolos llorado con muchas lágrimas y satisfecho con limosnas, y por esta razón el Cordero de Dios las había perdonado, y trocado por medio de la Comunión sus almas y cuerpos en la hermosura y resplandores que había visto.—¿Qué significan, añadió el prelado, las diferencias de rostros que he visto en los demás hombres y mujeres?—Los que has visto, añadió el mensajero del cielo, con rostros alegres y claros, son los que viven castos, templados y misericordiosos con sus prójimos. Los que llevaban rostros negros y feos son lascivos, y manchados con otros pecados similares de la torpeza; y los que sobre estar negros tenían los ojos teñidos en sangre, son murmuradores, traidores, rencorosos y homicidas.—Procura, terminó el ángel, encomendar á Dios á estos infelices y ayudarles con oraciones y sacrificios; y decláralos sus pecados para que se conviertan de veras á Nuestro Señor. Dicho esto desapareció. *Bto. Bernardino de Bustos, sermón 16, consider. 2.^a*



XV

*La profanación de las Hostias consagradas es un crimen que pide venganza al cielo.
Nuestro deber.*

*Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra.
La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra.*

GENES. IV, 10.

1. Ha llegado la hora de tener que velar escrupulosamente sobre nosotros y sobre nuestras cosas. Lo que en mejores tiempos constituía en los gobiernos noble orgullo, tocante á cuidar con esmero de los asuntos religiosos, hoy, sin dejar de tener el mismo deber, se ha descuidado de una manera tan escandalosa y tan criminal que, ni ellos se interesan por hacer respetar los lugares santos, ni las civiles autoridades locales se toman la molestia de secundar los planes saludables de la Iglesia, ni de los párrocos celosos en lo que á este asunto respecta. ¿En qué tiempos estamos? Á qué extremos hemos llegado? Qué importa que en el código penal esté consignado que serán castigados los profanadores de los templos y de las cosas santas, si apenas se hace mérito de las denuncias, como no sea á fuerza de fuerzas, y amenazando repetidas veces á los funcionarios de justicia? Y ¿cómo se ha de castigar, como es debido, á los sacrílegos, si los gobiernos en general han deserta-

do de las filas del que es objeto de los insultos y desacatos privados y públicos, cuando solapada ó descubiertamente no le atacan y preparan su menosprecio? Nunca como en nuestros tiempos hemos leído casi á diario la repetición de profanaciones de lugares sagrados, de robos de vasos eucarísticos, y de irrisión enorme de las Hostias consagradas, que se multiplican á medida que avanza el tiempo, y á su tenor avanzan los hombres y los gobiernos en impiedad, en ateísmo y en infernal osadía.

La Iglesia está abandonada á sus propias fuerzas; sus ministros, solos é indefensos; sus leyes canónicas, incumplidas y pisoteadas; sin recursos; sin garantías. ¿Qué hacer, Dios mío? Es preciso moverse, es preciso hacer algo, y hacer algo de provecho, que sea eficaz, oportuno y adecuado al objeto que debemos proponernos. La masonería ha abierto francamente sus puertas para que de allí salgan los infames perpetradores de todos los crímenes sacrílegos en lo que á robos y profanación de vasos y Hostias consagrados se refiere; y la francmasonería cuenta con todas las sociedades ácratas, anárquicas, republicanas y liberales para llevar á mansalva la ejecución de sus planes demoniacos, y para defenderse, una vez perpetrados, tras las garantías, ó sombras de autoridad, de gobierno ó de atrevimiento sectario que dichas sociedades ofrecen al mundo. Es un nuevo espectáculo en el que se divierten seguros todos esos seres que han jurado odio á la Religión y á la sociedad ordenada. Precisa, por consiguiente, conocer á esta secreta sociedad en lo que atañe á nuestro delicado asunto, y desenmascarar sus horrendos sacrilegios, para librarnos de sus terribles acechanzas, y emplear medios vigorosos de ataque y defensa que inutilicen sus ardides satánicos. He aquí la proposición que espero desarrollar cumplidamente:

La profanación de las Hostias consagradas es un crimen que pide venganza al cielo. Nuestro deber.

§. I.

2. Pocos deben ignorar que los inspiradores ó funda-

dores de las sectas demoniaco-francmasónicas fueron ó son desdichados hebreos ó sacerdotes apóstatas. Que la masonería se propone nada menos que la destrucción de todo orden religioso y social está más que averiguado. Lo que muchos ignoran, pero que lo sospechan, es que sea ella en general la fautora solidaria de los robos sacrílegos y de la profanación de las santas Hostias. Precisamente, en las logias modernas se encuentra, y principalmente en los talleres de los paladistas luciferianos, *Re—Theurgismo Optimate*, y de los satanistas, *Odd—Fellovvs*, la perpetración constante de todos los horrendos sacrilegios que la historia arroja en cara al pueblo deicida. Demostración palpable de que su origen estriba en los judíos.

Pero no es mi objeto averiguar ahora este origen histórico de la masonería. Puede consignarse con toda verdad que sus raíces están en la rebelión contra la verdad y el orden. Ahora bien; la personificación invisible de la rebelión contra la verdad y el orden es Lucifer; la francmasonería es, por lo tanto, la visible encarnación de Lucifer en los hombres malvados. Los mismos afiliados á la secta demoniaca no titubean en propararlo; ellos mismos han levantado, en sus logias, inmundos altares á Belcebú, le ofrecen sacrificios sacrílegos, y alguna que otra vez holocaustos cristianos, le han compuesto formularios para dirigirle preces horrorosas, le invocan clamorosamente en sus *tenidas*, le llevan en procesión solemne por las calles y plazas con escándalo del público, y hasta no hace mucho se publicó en Roma un periódico titulado *Satanás*.

Pues bien; Satanás es el enemigo oficial de Dios y muy en partidar de su Verbo encarnado. Donde quiera que alcance la acción social cristiana, allí ha de tender también sus redes laberínticas el espíritu del mal; y precisa que, para conseguir con menos tiempo y menores esfuerzos triunfos sin cuento, se revista de luz, se disfrace de bondad y lleve el antifaz de la religión. ¿Qué extraño es, pues, que la masonería, completa personificación de Luzbel, sea la antítesis del Catolicismo, aunque revestida informemente

con algunos de sus atavíos refulgentes? Mas estos hermosos atavíos son ajenos á ella, son de la Iglesia Católica; los atavíos no son la personalidad de la masonería, que en el caso viene á ser ésta como blanqueado sepulcro, como asquerosa luciérnaga nocturna. Lo que más subleva es que sus afiliados hagan alarde de no creer en sobrenaturalismos; que se mofen de nuestros dogmas que nos señalan la existencia del espíritu del mal, para que nos precavamos de sus tentaciones; y que ellos, los racionalistas, los espíritus fuertes, no sólo crean en Lucifer, sino que le invoquen como á santo y le adoren como á Dios! ¡Qué inconsecuencias más tremendas tiene la masonería!

Mas sigamos: esta sociedad impía, enemiga del género humano, para ser tal, necesita mostrar el sañudo coraje que revienta á Lucifer; éste no puede ver á Cristo, y en cuanto está de su parte ha de cebar su mortal odio contra Él en su sacramento del Altar, trono, digámoslo así, del Hombre-Dios en la tierra. Confesamos que en dicho Sacramento está realmente Jesucristo; no lo intenta negar Lucifer, es cierto; ya que todos los tiros de éste se han de dirigir hacia ese blanco de la piedad cristiana. ¿Qué ha de hacer, por lo tanto, la masonería á la vista de las órdenes del espíritu del mal? Tratará de mofarse del Sacramento eucarístico, de vilipendiarle, de profanarle, de acuchillarle... pero, ¿que es lo que digo, Dios mío? No, no es posible, añade un célebre autor (1), aplastar la esencia de las flores, mancillando la pureza de las flores y desparramando sus hojas: la esencia sube al cielo. No, no es posible aplastar la luz que se refleja en una fuentecilla, escupiendo á las aguas de la fuentecilla: la luz queda en su foco inextinguible; así tampoco es posible herir ni tocar á Cristo en la Eucaristía.»

El conato, no obstante, es el de herir y destruir al Salvador. Los oídos sanos, los corazones inmaculados no deben ofenderse al escuchar la sucinta relación que intento hacer del odio de la masonería contra las Hostias consagradas,

(1) Discurso pronunciado por D. M. Sánchez de Castro en el 2.º Congreso eucarístico nacional de Lugo.—Crónica del Cong., pag. 195.

ya que precisa en nuestros días conocer los planes del diablo para atajarlos y vencerlos.

En las secretas sociedades indicadas, ó sea en la de paladistas y satanistas, se tiene particular empeño por solemnizar una sacrílega parodia, no sólo de nuestra santa Misa, sino de la hermosa festividad del Corpus. Todos los años, á las diez de la mañana, celebran en dicho día la misa adonaicida (1). Sus adeptos comulgan con terribles *hostias negras* fabricadas expresamente, y consagradas con toda solemnidad á Luzbel, por el gran Maestre ó gran Maestra de la francmasonería; y para la celebración de la misa negra se sirven de cálices robados á las iglesias católicas, ó procedentes de sacerdotes renegados.

Lo más tristemente célebre en dichas sacrílegas reuniones consiste en la profanación de las santas Hostias, en las que se contiene real y verdaderamente Jesucristo. Los nuevos deicidas no titubean en disputarse la primacía por apuñalar todas cuantas sagradas Especies han sido llevadas allí por mujerzuelas infames, ó también ¡horror! consagradas especialmente por presbíteros católicos renegados. La mujer ha de ejercer en todas partes un papel importante; sea para el bien ó para el mal, ha de sobresalir por su astucia y refinamiento bueno ó malo; así que en las recepciones de mujeres, en el grado de Maestra *Templaria*, la electa se sacrifica públicamente en el Pastos; después la gran Maestra pasa á escupir la divina Hostia, acción que repite la electa, con una santa Forma que ella misma ha debido de haber recibido indignamente en un templo católico y á presencia de una comisión de sus . . . hermanos que la han acompañado para ser testigos presenciales del sacrilegio. La infame ceremonia termina por ser apuñalada la Hostia consagrada.

3. Hay asociaciones tan degradadas cuya pérfida misión consiste en la procura de sagradas Hostias, para lo cual son encargadas las mujeres, cuyas lenguas, bañadas

(1) Véase la ENCICLOPEDIA DE LA EUC., tom. V, pag. 289 y sig.

con cierto ingrediente, impiden que la adorable Hostia se humedezca al contacto de la lengua. Ha habido sociedad que mancilló más de 3.000 Formas consagradas. En París llegaron á costearse á cinco francos, una.

«Lucifer ha inspirado á los altos masones crear instrumentos de tortura para las Hostias. Uno de estos aparatos se compone de una caja, en la cual se ha hecho un hueco ó cavidad, donde se coloca la Hostia consagrada, y esta cavidad se cierra por medio de un obturador de corcho erizado de agujas, cuyas puntas rozan la Hostia; basta una ligera presión sobre el tapón con el dedo pulgar, ¡para que las agujas taladren la augusta Eucaristía!

«Otro instrumento semeja una caja de reloj *remontoir*, y contiene un mecanismo que funciona por medio de un tornillo exterior; el mecanismo es un engranaje de róllos microscópicos, armados de puntas agudas, pequeñas púas de acero, y todo esto funciona en conjunto, chafando, punzando, arañando, desgarrando la Hostia depositada en el fondo del estuche (1).

§. II.

1. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¡Á qué épocas tan aciagas hemos llegado...! Después que con temblor y vergüenza suma os he referido todas estas inmundas prácticas, necesito también haceros ver, por más que lo comprenderéis, que ellas piden sin cesar venganza al cielo. Abel era un varón justo, y los holocaustos, por él ofrecidos, gustaban en gran manera al Señor; mas no así los de su hermano Caín, á los cuales, por imperfectos, no miró el Eterno. Caín cobró envidia de Abel y haciéndole traición, le saca al campo y comete con él un atroz fratricidio. Pero el Inmenso, que vela por la inocencia, aparécese al fratricida y le pregunta:—«¿qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre ella que abrió su boca y recibió la sangre de

(1) Francmasonería desenmascarada, núm. de Noviem. de 1894.

tu hermano, de tu mano. Cuando la labrares no te dará sus frutos, y vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra—(1).» Caín en efecto, maldito por Dios, anduvo fugitivo y errante por el mundo, llevando el estigma de la reprobación en su frente y sufriendo interiormente los remordimientos y las amarguras anejas á un crimen tan enorme como el que perpetrara. Mas, la sangre incruenta del segundo Abel, vertida sobre las aras sacrílegas de las *tenidas* masónicas, pide al cielo, mejor que la del primer Abel, terrible venganza que indudablemente se cierne y se cernerá en lo sucesivo sobre las cabezas frenéticas de los francmasones que tales nefandos crímenes perpetran. Como sobre Caín, todavía los infames deicidas piden caiga sobre sí propios y sobre sus hijos la sangre del Hijo de Dios. *Sanguis ejus super nos et super filios nostros* (2). Aun no se han hartado de sangre cristiana, y lo que no pueden ejecutar visiblemente en la adorable Persona de Jesucristo lo practican en su Misterio Santísimo.

El crimen de que me ocupo es mucho más atroz que el fratricidio y el regicidio. En todos tiempos castigó el Señor la muerte inferida á los hermanos y á los reyes que, por malos que hayan sido, son, los primeros, carne y sangre de sus hermanos, y encarnación de la autoridad divina en el hombre, los segundos. Las historias sagrada y profana no me dejarán mentir. Casi siempre los sediciosos que se han alzado contra sus soberanos quitándoles la vida con ó sin objeto de sucederles en el trono, han muerto, asimismo, á manos de homicidas. ¡Justo castigo al regicida! El rey de Dinamarca, S. Canuto, fué muerto por súbditos suyos que contra su vida preciosa se habían conjurado; pero el reino fué tambien afligido por el hambre y diversas calamidades, y los regicidas castigados por la mano fuerte del Eterno. El duque de Bohemia, S. Wenceslao, aconsejándolo su inhumana madre Drahomira, fué mandado asesinar por su propio hermano Boleslao; pero Drahomira fué absorbida violentamente por la

(1) Genes. IV.

(2) Math. XXVII, 25.

tierra, y Boleslao y los demás regicidas acabaron sus vidas de una manera desgraciada.

Pues bien; se trata del exterminio del Rey de reyes, y en apreciación de los mismos francmasones, el acto sacrílego de la profanación indicada constituye un nuevo deicidio. No hay duda que lo que cometen con las sagradas Hostias, eso mismo perpetrarían con la propia augusta Persona de Jesucristo, si la vieran, y prueba de ello es que, no contentos con la profanación de las santas Especies, ceban su hondo coraje en los católicos, principalmente en los sacerdotes, siempre que ocasión tienen, no importándoles un ardite la elección de medios, por ilícitos que sean, empleados para el efecto.

5. Así, ¿no se quiere que el cielo tome por su cuenta la venganza que los jueces de la tierra debieran tomar contra tamaños excesos? La historia eclesiástica sale al paso para pregonarnos que el pueblo deicida y los miembros masónicos han sido terriblemente castigados en distintas ocasiones por el cielo. Unas veces con motivo de recibir sacrílegamente el Pan de los ángeles; otras por apuñalar privadamente la Hostia consagrada; algunos en el momento de arrojarla en el lugar inmundo, y cuáles más con ocasión de la profanación de las mismas. Los estupendos milagros obrados por Dios con motivo de semejantes impiedades para abrir el sentido práctico á los infelices hebreos; ¿quién los contará? Milagros evidentes por un lado y castigos terribles por otro, unos y otros al unísono para convertir la perfidia judaico-masónica... ¡Cuánto revela todo esto por una parte el amor inmenso del Dios Sacramentado, y por otra su justa cólera contra los perpetradores de tantos crímenes! Que abran, Señor, que abran sus ojos esos infelices, que después de tantos claros avisos y escarmientos se obstinan en permanecer en el error y en la maldad.

§. III.

El católico no puede permanecer cruzado de brazos ante unos desórdenes tan graves. Por un lado devorarle debe el

celo por la casa de Dios; considerar por otro que los gobiernos poco ó nada hacen por evitar unos crímenes tan nefandos y que tanto les desautorizan; reconocer, en fin, que el clero católico poco puede también en defensa de los asuntos sagrados, si los fieles en particular no les ayudan con sus limosnas, su cooperación personal y su influencia. En este estado lamentable de cosas precisa tener una norma segura y unos medios eficaces para hacer que disminuya, y en todo caso evitar en lo posible la perpetración impune de tanta profanación eucarística.

He aquí mi opinión modesta que podría ensayarse:

6. Con objeto de evitar la percepción sacrílega de las santas Hostias por fines masónicos, convendría que los individuos desconocidos que se presentan á comulgar no fuesen admitidos á la Sagrada Mesa, sin que el párroco ó capellán de la iglesia, ó el que va á ministrarles la santa Comunión, se enterasen de su personalidad y religión, y de si ha confesado antes; no estaría de más le obligasen á firmar en un registro especial de que comulgaron en tal iglesia, día y hora. En caso de sospecha grave de que no son católicos recomendables, denegarles sin ambages la Sagrada Comunión. Con semejantes precauciones podría venirse en conocimiento de ciertas ventas, cambios ó entregas de Hostias consagradas y, al averiguarse el hecho y ser denunciado, el registro en cuestión podría arrojar mucha luz en el tribunal de justicia para perseguir y condenar al profanador.

Débase desconfiar de ciertos sacristanes legos, nada devotos y escrupulosos, y amigos de personas nada recomendables.

7. Es prudentísimo que las sagradas Hostias sean conservadas en copones de cristal, donde haya privilegio, ó al menos en copones de metal inferior, con tal que se guarden las rúbricas.

Precisa reforzar los sagrarios, de tal suerte que, estando bien asegurados sobre el plano del altar, no puedan ser fácilmente abiertos, sin ser rotos á fuerza de grandes golpes. Entiendo que las llaves de los sagrarios, en general, no res-

ponden á las exigencias de la cautela que debe tenerse contra el arte sacrílego de los robos eucarísticos. Estas llaves conviene sean nuevas, fuertes, difíciles de imitar y conservadas inmediatamente por el encargado del templo.

Creo que los templos donde se guarda la santa Eucaristía no deben hallarse solos. Junto á su sacristía, ú otra dependencia, conviene habite un señor sacerdote, ó en su defecto un encargado subalterno de la iglesia, que sea probo y no infunda sospechas.

Convendría, asimismo, que los señores encargados de los templos se industriasen por crear guardias perennes de honor al Santísimo Sacramento, los cuales deberían ir de uniforme, con su bordón en la mano. Yo ya sé que, excepción hecha de las catedrales, colegiatas y parroquias grandes, no puede ser costeadado un ostiario ó pertiguero, (que por eso he indicado se procure sean creados *guardias de honor al Santísimo*) que en las festividades y domingos, por lo menos, asistan gratis, si no pueden ser retribuidos, á las funciones parroquiales. Trabájese por que dichos guardias de honor sean perennes y retribuidos con limosnas populares, ó provenientes de las sacramentales. De este modo, no sólo podrán evitarse muchos robos sacrílegos, si que también se creará en la población, donde estuvieren instalados, una atmósfera de respeto y devoción al templo santo, y no se presenciarn los espectáculos que continuamente vemos en los templos en general, donde no parece sino que no tengan dueño, ni administrador, ya que lo mismo las personas distraídas é indevotas, como los irracionales pasan por el templo, sin que nadie les llame la atención ó les arroje del lugar santo.

S. Por una de esas cosas inconcebibles, nuestras iglesias, me refiero á las en que se conserva la santa Eucaristía, carecen de lo que no falta en toda sociedad, casi no ó ateneo. Consiste en la presencia de un celoso conserje, cuya misión estriba en velar por el aseo y esmero y orden material y moral del local sagrado. Lo que en nuestros templos bastaba, hasta hace poco, con la presen-

cia del sacerdote (porque había mucha fe y devoción) no basta de ninguna manera en nuestros días. Hoy precisa en nuestras iglesias un verdadero vigilante, que podemos y debemos llamar con toda propiedad *ostiario*, que desempeñe con regularidad los oficios cometidos á dicho ministerio. ¿No da rubor que las casas de nuestras capitales tengan su portería con su portero, quien da razón á todo el que desea penetrar en los pisos de la casa, y vela por la seguridad y tranquilidad y aseo de la parte á él cometida; y que nuestras iglesias, los palacios del Hombre-Dios Sacramentado, se vean como los vemos, sin que en su atrio no haya quien dé razón del personal y de las funciones del templo, y sin que se ponga cortapisa enérgica á los frecuentes desmanes que los indevotos ó los impíos cometen en ellos? ¿Dónde está la fe? ¡Qué vergüenza, Dios mío, que vuestras casas no estén dotadas de lo más ordinario de que no carecen los señores del siglo!

Á la vista de todo lo expuesto, nuestro deber consiste: 1.º en expiar ante el Dios del Tabernáculo las profanaciones de que es objeto en su Misterio de amor; rogar por los desalmados que los perpetran, para que se conviertan; y 2.º esforzarnos por tener más celo por la Casa de Dios, ayudando á los Ministros del Excelso, según nuestras fuerzas permitieren, que no cae en el vacío la moneda que, como la de la viuda del evangelio, se arroja en el cepillo del santuario, ni Dios dejará en el olvido nuestros desvelos por el honor de su Casa, ya que el Señor favorece visiblemente, aún en este mundo, á todo aquél que se toma el menor trabajo por el interés de su gloria.

Para los *Ejemplos*, véase el Tomo II de esta ENCICLOPEDIA, capítulo XII, página 148 y siguientes.